

V. Blasco Ibáñez
Castelar
(*El Pueblo*, 4-5-1898)

Es en dos saloncillos de colores claros, recargados de mil objetos artísticos, donde el insigne orador recibe a los visitantes.

Telas chinescas, en las cuales fabulosos pájaros de blanca seda vuelan en un cielo de rabioso azul, dan a las dos habitaciones un tono de color demasiado subido, que parece arañar la vista; y aún contribuye más a esta impresión de abigarramiento y exceso el considerable número de muebles que, según la moda imperante, impiden el paso, obligando a caminar por el salón como por las revueltas de intrincado laberinto, y el no menos cuantioso de objetos artísticos que cubren las paredes, hasta el punto de no dejar visible un palmo de tapizado: acuarelas, platos artísticos, fotografías, cuadros religiosos oscurecidos por la patina de los siglos, bajorrelieves, bronces, tarjetones de felicitación, todo lo que veinticinco años de popularidad europea han ido aglomerando en torno de un grande hombre algo descuidado que no colecciona, sino amontona.

—Ahora verán ustedes a Emilio —nos decía el simpático Olías, el amigo más devoto y al mismo tiempo más independiente que ha tenido el famoso tribuno—. Está de ánimos como en sus mejores tiempos. Es el único que nos trae la República.

Y corriéndose un portier, entró en la sala casi sin que lo sintiéramos un hombre pequeño, un anciano, andando a saltitos como un pájaro tímido, balanceándose como si no pudiera resistir el peso de su cabeza enorme.

Era Castelar, el gran orador: pero un Castelar que parece la caricatura de aquel otro enorme y majestuoso que llenaba la tribuna con su volumen y el espacio con su voz poderosa.

Se nos apareció con un gorrito negro de seda encasquetado hasta las orejas, los ojos velados por unas gafas oscuras tras las cuales apenas si se distinguían las sugestivas pupilas del orador; el soberbio mostacho caído con desmayo, inerte, como si fuera un pedazo de tela mojada y retorcida, y el cuerpo enjuto y pobre; un cuerpo de asceta en el que ya no se notan ni rastros de aquel pecho de atleta y aquel abdomen de patricio romano que caracterizaban a Castelar. El aspecto del gran orador infunde tristeza. Los dos o tres chalecos que cubren su tronco rozan un cuello descarnado, en el que los tendones se marcan con tirante rigidez; la levita parece una amplia hopalanda que se cruza sin ajustarse sobre el hundido pecho, y los pantalones parecen bailar con incesante oleaje de arrugas en torno do las piernas pobres y débiles.

Castelar está enfermo. Pero de la peor de las enfermedades: de la más temible, de esa que hace su camino sin que los médicos puedan explicar su verdadero nombre. Es el desplome interior, el aniquilamiento invisible del que ha trabajado mucho.

La cabeza es lo único que se conserva bien, y este señor del gorrito y las gafas negras, el bigote caído y las temblorosas manos metidas en recios mitones, apenas habla recuerda al soberbio y arrebatador tribuno de otros tiempos.

En plena primavera, cuando a través de las vidrieras de los balcones parece pasar la tibia respiración de las calles caldeadas por el sol de mediodía, Castelar permanece junto a la chimenea cargada de carbón, como una planta de estufa que se inclina sintiendo la nostalgia del cálido clima de Levante donde creció, de ese Levante tantas veces cantado por su poética elocuencia.

—Sí —decía con su vocecita tenue de ruiñón enfermo, cruzando y descruzando sobre su pecho la amplia levita—; tengo más fe que nunca en la República. Nuestro triunfo se aproxima: esto no puede continuar. La monarquía es impotente para salvar al país; ha fracasado; tiene cumplida su misión. Se avecinan grandes catástrofes; se sucederán estas con rapidez abrumadora y el país tendrá que escoger entre la monarquía absoluta y la república formada por elementos nacionales y gobernada por hombres de todos los partidos liberales. ¿Qué duda tiene que obligada la nación a escoger entre el carlismo y la República se vendrá con nosotros? No se batalla en balde todo un siglo contra el absolutismo y en defensa de la libertad. No lo duden ustedes; viene la República como único medio de salvación nacional: yo no pienso moverme de mi casa, pero aquí vendrán a buscarme para que salve la situación como Thiers salvó a Francia... La República que se aproxima ha de ser tal que no inspire desconfianza al ejército ni recelo a ninguna clase social, y creo que con mis antecedentes y la política que vengo sosteniendo hace veinticinco años podré cumplir esta misión. Tengo fe en el porvenir; creo en la proximidad de nuestro triunfo y en que la monarquía ha muerto.

Y el viejo tribuno, entusiasmándose, se expresaba con la fe y la convicción de sus primeros tiempos. Su voz se caldeaba; hablaba como si la monarquía estuviera ya muerta a sus pies, y yo pensaba con cierta amargura en lo oportuno que hubiera sido todo esto algunos años antes; en lo patriótico de haber negado hace algún tiempo ese apoyo moral que Castelar concedió a la restauración y que la ha hecho llegar viva y pujante hasta las desgracias y vergüenzas del presente.

—Estoy desligado de todo compromiso con Sagasta. Nuestra antigua amistad se ha enfriado; hace muchos meses que no le veo. No quiso aceptar mis consejos a raíz de la muerte de Cánovas y ahora toca las consecuencias. No

salvará la monarquía. La monarquía está muerta. En cambio yo tengo la seguridad de contribuir en breve al establecimiento de la República.

Y con portentosa imaginación, con esa palabra brillantísima hasta en las expansiones de la familiaridad, trazaba el cuadro de la próxima República. Una república de ancha base en la que entren todos los que aman la libertad; una república que en el exterior salve la honra nacional y en el interior castigue con mano dura a los que conspiran en pro de la reacción.

Contaba sus cariñosas y antiguas relaciones de amistad con todas las grandes figuras de la política europea: su intimidad con Glasstone, con Crispi, con los primeros hombres de Francia; y todas estas amistades propónese ponerlas a prueba el día en que se proclame aquí la República como única solución, prometiéndose utilizarlas para que ayuden francamente a España en su conflicto con los Estados Unidos.

¡Una República conservadora!... No es este el ideal de la inmensa mayoría de los republicanos; pero cuando se llevan veinticinco años de sufrir sin protesta una restauración no hay derecho a ser muy exigente.

Todo es preferible a lo que hoy existe. Lo que importa es conseguir la República: una vez en ella se está en el buen camino, y es cuestión de tiempo y de energía y de tenacidad el ir avanzando.

Escuchábamos con satisfacción al anciano tribuno, que no es hombre capaz de optimismos, y sin embargo cree en la proximidad de la República y en que será llamado por la nación para ponerse al frente de ella.

Hermoso final de una vida ilustre...

Todos le hemos combatido con más o menos justicia; pero en las presentes circunstancias todo debe olvidarse.

¡Si Castelar cumpliera cuanto dice!

¡Salva la patria y haz que renazca la República, orador divino! ¡Los mismos que te maldijeron te aclamarán! Pero al fijarnos en su cuerpo demacrado, en sus manos trémulas, en su palidez de hostia, en la flojedad de su piel, que parece despegarse y huir del hueso, pensábamos con tristeza en que a este valioso y decisivo refuerzo para la República tal vez le ocurre lo que a Grouchy en Waterloo.

Llega demasiado tarde.